

la *intolerancia*. Y ¿por qué en este caso y en el otro no? Porque no está el intrínquilis en la persona, ni en sus razones, ni en el modo de exponerlas, sino en la cosa de que se trata, que, muy á menudo, es, de por sí, ridícula, ó impertinente, ó pueril cuando menos, y no resiste, sin deshacerse entre las manos, el análisis de un hombre de seso; al cual hombre, no pudiendo replicársele en buena justicia, en venganza se le pone un mote.

Por eso llevan el de *intolerantes* tantos caracteres dóciles, y creen poner una pica en Flandes, y hasta se llaman *guapos chicos* y excelentes sujetos en la sociedad, los que en ella *entran con todas*, como la romana del diablo, menos con el sentido común. *Quod erat demonstrandum*.

A pesar de ello, y aun de la mucha saliva que al propio asunto hemos consagrado en nuestras conversaciones *verbales*, júzgole apenas desflorado. ¡Cuánto me queda todavía que oír de los inofensivos labios de usted!

Entre tanto, y dicho lo dicho, despedámonos por hoy, con la íntima satisfacción, bien añeja en nosotros, de haber pasado juntos, en espíritu, un agradable rato, sin murmurar de nadie ni ofender al prójimo con hechos, con dichos ni con deseos.



EL CERVANTISMO

EL Diccionario de la Academia no contiene este vocablo; pero es uno de los propuestos por el último de los individuos del insigne cuerpo literario para la edición que está imprimiéndose. Por si la Academia no le acepta, conste que entiendo yo por

CERVANTISMO: La manía de los **CERVANTISTAS**; y por

CERVANTISTA: El admirador de Cervantes, y el que se dedica á ilustrar y comentar sus obras.

En rigor, pues, estos párrafos debieran haberse incluido entre los que, bajo el rótulo de *Manías*, quedan algunas páginas atrás; pero son tantos, y de tal índole la enfermedad á que se refieren, que bien merecen vivir de cuenta propia y establecerse capítulo aparte.

Dice Chateaubriand, hablando de los espa-

ñoles como soldados, que *nuestro* empuje en el campo de batalla es irresistible; pero que nos conformamos con arrojar al enemigo de sus posiciones, en las cuales nos tendemos, con el cigarrillo en la boca y la guitarra en las manos, á celebrar la victoria.

Si despojamos á esta pintura del colorido francés que la califica, nos queda en ella un exactísimo retrato del carácter español, no sólo en la guerra, sino en todas las imaginables situaciones de la vida.

Ya que no la guitarra, la pereza nacional nos absorbe los cinco sentidos, y sólo cuando el hambre aprieta, ó la bambolla empuja, ó la curiosidad nos mueve, sacudimos la modorra. Entonces embestimos con el lucero del alba para estar donde él estuvo, medrar de lo que medró y hacer todo cuanto él hizo. Pero de allí no pasamos. Nuestra política, nuestra industria y nuestra literatura contemporáneas lo declaran bien alto. Todo el mundo nos lleva la delantera, y siempre estamos imitando á todo el mundo, menos en andar solos y por delante; vivimos de sus desechos, y cada trapo que le cogemos nos vuelve locos de entusiasmo, como si se hubiera cortado para nosotros. Así estamos llenos de *conquistas* y de «*títulos á la admiración de las naciones extranjeras*;» todos somos *ilustres* estadistas, *invictos* guerreros, sa-

bios hacendistas, *insignes* literatos, *laboriosos* industriales y *honrados* obreros; hemos tenido códigos á la francesa, códigos á la inglesa, códigos á la americana; *revoluciones* de todos los matices, *reacciones* de todas castas, *triumfos* de todos calibres, *progresos* de todos tamaños; y á la presente fecha, el ciudadano que tiene camisa propia se cree muy rico; la escasa industria desaparece antes que la Hacienda la devore; los *bufos* imperan en el teatro; el hijo de Paul de Kock en la novela; los *Panchampla* en desfiladeros y caminos reales, y la navaja del *honrado* menestral desbandulla en las plazas públicas, á la luz del mediodía, las víctimas á pares. De manera que quien nos comprara por lo que decimos y nos vendiera por lo que hacemos, buen pelo iba á echar con el negocio. A hacer cosas nuevas y útiles nos ganará cualquiera; pero á ponderar lo que hacemos no hay quien nos eche la pata, ni á hacerlo mal y fuera de sazón, tampoco.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el cervantismo?—preguntará el lector, oliéndole lo dicho á *artículo de oposición* más que á otra cosa.

—No sé—respondo—por cuál de los lados encajará mejor en el asunto prometido; pero lo cierto es que á las mientes se me ha venido con él y como eslabón de la misma cadena de

ideas. Acaso en el cervantismo vea yo algo de la intemperancia, que, entre nosotros, lleva en todo lo demás hasta el ridículo las cosas más serias y respetables; quizá esa manía me ha hecho recordar la tendencia española á perder en escarbar el huerto del vecino, el tiempo que necesitamos para cultivar el propio; quizá me asaltó las mientes el dicho de Chateaubriand pensando en los valientes que *conquistan* el *Quijote*, y no pasan de allí, y allí se quedan, rebuscando hasta las polillas, como si ya no hubiera otra cosa que leer ni que estudiar en el mundo; acaso coinciden los dos asuntos por el lado de la facilidad con que pasamos de la apatía al asombro, de la indiferencia al entusiasmo, de la fiebre al delirio... ¡Quién sabe? Pero el hecho existe, y ya no borro lo escrito, aunque el lector me diga que soy uno de tantos como en España malgastan sin fruto la hacienda, echando siempre los garbanzos fuera de la olla... Y vamos al caso.

Y el caso es que ya estaba el mundo cansado de admirar á Cervantes y de reproducir las ediciones del *Quijote* en todas las lenguas que se hablan sobre la haz de la tierra, y aún eran muy contadas en España las librerías en que se vendiera la obra inmortal del ilustre soldado, que vivió de las limosnas de los próceres y fué enterrado de caridad. Conocíanla los lite-

ratos, poseíanla los menos de ellos, y veíanse de vez en cuando en los mezquinos estantes de algún *particular*, al lado de *Bertoldo* cuyos *chistes* saboreaba con preferencia la patriarcal familia. Los nombres de don Quijote y Sancho Panza eran populares; pero contadísimas las personas que conocían á estos personajes más que de oídas: teníanlos unas por históricos, las menos por novelescos; pero ni unas ni otras habían oído jamás el nombre del padre que los engendró en su fantasía.

De pronto, ayer, como quien dice, alguien, y no español ciertamente, nos aguija y nos apunta el *Quijote* con el dedo; sacudimos la tradicional modorra, y allá vamos en tropel, y caemos como espeso granizo sobre la obra señalada; las prensas gimen vomitando ediciones *populares* del libro insigne, entre los cuadernos de *Faime el Barbudo* y *Las cavernas del crimen*; y aunque las masas de levita siguen prefiriendo estas creaciones para solaz del espíritu, el nombre de Cervantes suena en todas partes y á todas horas, y las plumas y las lenguas ya no saben decir sino «*el Cautivo de Argel*» y «*el Manco de Lepanto*.»

¡Qué baraúnda! ¡Qué vocerío! Hay hombre, ya con canas, que acaba de leer á saltos el *Quijote*, y se escandaliza de buena fe al saber que un mozo imberbe no le conoce *todavía*;

otro no le ha visto ni por el forro, y mira con lástima á quien declara noblemente que no ha podido adquirir un ejemplar para leerle... ¡Y cómo abunda esta clase de *admiradores!*

—«Pero ¡qué hombre!... Pero ¡qué libro!... Pero ¡qué tiempos aquéllos en que se morían de hambre tan preclaros ingenios! Como esa obra no hay otra... El mundo la admira, y España no necesita más que ella para su gloria... ¡Ah, Cervantes! ¡Ah, el Manco de Lepanto!... ¡Ah, el Cautivo de Argel!»

Verdades como puños, enhorabuena; pero que tienen suma gracia dichas por una generación, ya vieja, que no ha reparado en ellas hasta que se las han metido por los ojos; y aun así no las ha visto bien.

Y sigue el estrépito, y llena los ámbitos de la patria, y se conmueven los poetas *de circunstancias* y los periodistas de afición y hasta los *filántropos* de la usura; y allá van odas *Al Manco de Lepanto*, y sonetos *Al Cautivo de Argel*, y llega á verse el nombre de *Cervantes* en la popa de un falucho carbonero, y en el registro de una mina de *turba*, y en los mimbres de una sociedad anónima, y hasta en la muestra de una zapatería; y hoy se celebra el aniversario de su muerte, y mañana el de su nacimiento, y al otro día el de su redención por los frailes trinitarios, y al otro, el de su casamiento;

y aquí brota una *Academia cervantina*, y allí un *Semanario cervantino* y un *Averiguador cervantesco*; y en los unos y en los otros, y acá y allá, no se trata sino de Cervantes y sus obras; y Cervantes aparece en discursos, en gacetillas, en charadas, en rompe-cabezas y en acertijos.

Lo que era de temer, sucede al cabo: la fiebre se propaga, hácese peste asoladora, y no se libran de ella ni los que tienen el juicio más aplomado; caen hasta los cervantistas de buena casta, y caen sobre el *Quijote* y sobre la memoria de su autor, como antes cayera el *servum pecus*, y allí se están cual si hubieran jurado, en el paroxismo de su manía, gastar en la *empresa* hasta el último soplo de la vida; porque cada cual cree encontrar en aquellas páginas inmortales lo que más se acomoda á sus deseos y aficiones.

Imagínomelos yo como aquellos *sabios resuscitados* de que nos habla Balmes, husmeando el amplísimo establecimiento, y tráenme á la memoria el caso de Mabillon despistojándose sobre un viejo pergamino para descubrir algún renglón medio borrado, cuando llega un naturalista y tira hacia sí del pergamino, para ver si halla en él huevos de polilla.

Merced á estas faenas sobrehumanas, sabemos hoy, por otros tantos señores cervantistas, cuyas plumas lo han afirmado en sendos es-

critos, á cual más serio y respunteado, que de las obras de Cervantes resulta que fué éste sobresaliente

Teólogo,
Jurisperito,
Cocinero,
Marino,
Geógrafo,
Economista,
Médico,
Liberal (¡patriotero!)
Administrador militar (!!!!),
Protestante (iii !!!),
Viajero, etc., etc., etc.

Es decir, Cervantes *omniscio*, y sus obras la suma de los humanos conocimientos.

Pero ni con todo esto, ni con más de otro tanto por el estilo, que no hay para qué mentar, ni con el pintoresco catálogo de los cervantómanos que han contado las veces que dice *sí* don Quijote, ó Sancho *vuesa merced*, y otros *admiradores* de parecida ralea, hemos llegado al *delirium tremens* de la enfermedad; puesto que hay un español que ha dicho, y dice sin tregua ni descanso, porque sospecho yo que por eso y para eso alienta y ha nacido:

—Caballeros, nada de lo que el mundo ha leído en el *Quijote* es la obra de Cervantes.

Asombró el aserto, y preguntósele:

—Pues ¿qué otra cosa puede ser?

—Quiero decir —repuso el crítico,— que hasta ahora nadie ha sabido leer el *Quijote*. No hay tal Dulcinea, ni tal Sancho Panza, ni tales molinos, ni tales yangüeses, ni tal Insulara Barataria, ni nada de lo que allí aparece tal como suena. El *Quijote*, en suma, es una alegoría.

—¡Canastos! Y ¿quién se lo ha dicho á usted?

—Me lo han dicho treinta años de estudio incesante de esa obra maravillosa, y lo de maestro en catorce volúmenes de comentarios, que he escrito y tengo en casa esperando un editor que se atreva con ellos.

—¡Tendrán que leer! Y diga usted, señor sabio, ¿qué especie de alegoría es esa que usted ha visto en el famoso libro?

—Es, como si dijéramos, el siglo xix hablando en profecía en el siglo xvii; la luz de nuestras libertades columbrada por un ojo sutil, á tan larga distancia; la protesta de un alma generosa contra la cadena de la tiranía y las mazmorras de la Inquisición.

—¡Cáspita! Luego Cervantes...

—Cervantes fué un libre-pensador; un demócrata que nos precedió cosa de tres siglos.

—Pero, hombre, aquellas declaraciones ter-

minantes de neto y fervoroso católico, que á cada instante hace; aquél su *único* propósito, que jamás oculta, de escribir el *Quijote* para matar los libros de caballerías...

—No hagan ustedes caso de ello. También dice (no lo niega al menos) que lo de cabalgar Sancho en el Rucio después de habérsele robado Ginés de Pasamonte, fué un *lapsus* de su memoria, si no descuido del impresor, y, sin embargo, *se le ha demostrado* todo lo contrario... A Cervantes hay que saber leerle, desengáñense ustedes.

—Corriente; pero ¿cómo teniendo ese hombre tanto talento no logró hacerse entender de sus lectores?

—Porque temía á la Inquisición y al tirano.

—Callárase entonces, y ahorrárase el riesgo y la fatiga.

—No debía callar, porque había nacido para escribir.

—Pero no alegorías; pues, por las trazas, no le daba el naipe para ellas.

—¿Cómo que no?

—Hombre, me parece á mí que una alegoría que no halla en cerca de tres siglos más que un sabio que la desentrañe, no es cosa mayor que digamos.

—¿Y qué son tres siglos en la vida de la humanidad?

—Trescientos años nada más; y aunque á usted le parezcan pocos, pienso yo que, para desentrañar un libro, sobran de ellos casi todos, aunque el libro esté en vascuence, cuanto más en neto castellano...

No se eche á broma el precedente diálogo, porque es la quinta esencia de las polémicas sostenidas en la prensa, todos los días, por el desenredador *único* de la supuesta maraña del *Quijote*, contra los defensores del *servum pecus*, que no ha visto ni verá jamás en las páginas del áureo libro otra cosa ¡y no es poco, en gracia de Dios! que lo que en ellas *se dice* y se enseña.

¡Ah! y si al pasar *esto*—porque ha de pasar como pasan las epidemias y las tempestades—nos viéramos libres de las extravagancias del cervantismo, pudiéramos darnos con un canto en los pechos; pero, no obstante lo impresionables que somos y lo propensos, por ende, á olvidar mañana lo que hoy nos alborota, como el mal deja semillas, éstas germinarán andando los años, y, cuando menos menos, ha de nacer de ellas una raza que, empezando por ver zurcidos en el *Quijote*, acabe por negar la existencia de su autor.

Todos los grandes hombres van teniendo, en la posteridad, su fama roída por este género de gusanos. Yo no sé qué demonios anda por la mollera de ciertos sabios cuando examinan

las obras que admira el mundo, que, no bien las contemplan, cuando ya exclaman: «esto nació *ello solo*.» ¡Como si no fueran más maravillosas estas producciones *espontáneas* que la existencia de un padre que las engendrara! A Homero le niega ya el último zarramplín de la crítica, y hay una *Escuela antihomérica*, á la cual se van arrimando todos los catasalsas del helenismo; se está negando también á Hesiodo, y hasta á Gutenberg y á Dante, y luego se negará la luz del mediodía. Y ¿por qué no? ¿No hay historiador que niega toda autoridad á los cinco siglos de Roma? Y la maña es vieja: cien años hace aseguró el P. Harduino, y hasta intentó probarlo, que todos los libros griegos y latinos, excepción hecha de unos pocos de Cicerón, Plinio, Horacio y Virgilio, habían sido forjados en el siglo XII por una comunidad de frailes.

¡Y qué luz derraman estos sabios *negativos* en las obscuridades con que van topando en sus investigaciones! ¡Con qué primor reconstruyen lo que derriban de un voleo! Paréceles mucha obra la *Iliada* para un hombre solo, de tan remotos siglos; niegan la existencia de Homero fundándose en aquella potísima razón: pregúntaseles entonces cómo se formó ese admirable poema, y responde uno de ellos, Dissen, por ejemplo:

—De la manera más fácil: se reunió una especie de academia de *cantores* que se propusieron hacer una epopeya; encargóse cada cual de un canto, y el resultado de esta asociación fué la *Iliada*.

De modo que nos salen, por esta cuenta, veintiséis Homeros, por lo menos. ¡Y al sabio que los presenta le asombraba, por su grandeza, un Homero solo!

Dos cuartos de lo mismo ocurre con los sabios de otra catadura, cuando nos hablan del Universo. Le niegan un Autor, porque no les cabe en la cabeza la idea de tanto poder, y se le adjudican al *átomo*, y sudan y se retuercen entre los laberintos de una tecnología convencional y de unos procedimientos fantasmagóricos, para venir á demostrar... que no saben lo que traen entre manos, y que, á pesar de sus humos de gigantes, no pasan de gusanillos de la tierra, como el más indocto de los que en ella moramos.

Por eso creo yo que á los sabios de la crítica les pasa algo grave en la mollera, cada vez que se las han con otras de gran calibre. No diré que este algo, y aun algos, sean tufillos de la envidia; pero tampoco aseguro que lo sean de la caridad.

Volviendo al asunto, digo que nacerá quien niege la existencia de Cervantes, apoyando

el aserto en la autoridad, por supuesto, de otro sabio, necesariamente francés. Este tal habrá descubierto que en el siglo xvii no sabían leer ni escribir en España sino los frailes, á los cuales se debió la traducción, *del francés* al castellano, de aquel teatro admirable que ha estado pasando tantísimos años por español de pura raza; que los nombres de Lope, Moreto, Tirso, Calderón, etc., etc., no son otra cosa que seudónimos con que se disfrazaban los traductores temiendo á la Inquisición, que prohibía el culto de las bellas letras á la gente de cogulla.—En cuanto al *Quijote* (seguirá diciendo el sabio de mañana), basta examinarle una vez para convencerse de que no pudo ser la obra de un hombre solo. La novela de Grisóstomo, la de Dorotea y Luscinda, la del *Curioso impertinente*, la del *Cautivo*, la del *Mozo de mulas*, etc., intercaladas violentamente en la primera parte, y desenlazadas, con otros varios sucesos, en la Venta de Juan Palomeque el Zurdo, en una sola noche, lo prueban hasta la evidencia. Esas historias las narrarían los ciegos por las calles al ronco son de la guitarra, ó las recitarían los inquisidores en las tertulias de los señores *de horca y cuchillo*, mientras las *señoritas* y las monjas bailaban el *zapateado* y el *Faleo de Ferez*. Algún fraile ingenioso las recogió, engarzólas en las *populares* aventuras de

un loco legendario, llamado, según doctas pesquisas de un bibliómano cochinchino, don Fidalgo de la Manga, y lo publicó todo bajo el rótulo con que se conoce la obra del supuesto Cervantes. Por lo que toca á la segunda parte de la misma, ¿quién ignora que se debe á los frailes Agustinos, que la escribieron en odio al autor de otro *Quijote* falsificado, al P. Abellaneda, Prior de los Jerónimos del Escorial?

Cosa parecida se dirá de las *Novelas ejemplares*, del *Persiles* y la *Galatea*: tradiciones popularísimas en España, aunque de procedencia francesa, recogidas y dadas á luz por frailes codiciosos que explotaban el prestigio del imaginario Cervantes, hecho célebre desde la aparición de la primera parte del *Quijote*.

—Pero—seguirá diciendo el futuro bibliófilo francés—¿qué mayor prueba de la no existencia de Cervantes que la que nos dan los cervantistas españoles del siglo xix, en el que ya comenzaba á leer y escribir la clase media, porque se había secularizado la enseñanza? En el último tercio de aquel siglo no trataron los escritores de España más que de Cervantes, y, sin embargo, no pudieron hallar un solo rastro de su persona. Quién le supuso soldado en Lepanto; quién cautivo en Argel; quién teólogo; quien marino; quién abogado; quién cocinero; quién médico; quién ardiente propagan-

dista de la Reforma; quién afirmó que había nacido en Madrid; quién que en Alcalá; quién que estuvo preso en Argamasilla; quién que en Valladolid; y nada se prueba en limpio, ni nadie supo jamás en qué punto de la tierra descansan sus cenizas. La misma confusión de pareceres se observa en lo relativo al texto primitivo y á la intención generadora de la novela. Cada edición de ella en aquel siglo salía ilustrada por un nuevo comentarista, que quitaba y añadía, á su antojo, frases y períodos, so pretexto de enmendar así los errores tipográficos del impresor Juan de la Cuesta. Esto nos hace creer que el *Quijote* que salió del siglo xix no se parece en nada al que, por primera vez, publicaron los frailes del xvii, de cuyas ediciones no ha llegado un solo ejemplar á nuestros días. Afortunadamente, se conservan catorce volúmenes de un literato andaluz de aquella centuria, en cuya obra se pone de manifiesto la verdadera importancia del libro del supuesto Cervantes. El tal libro es una ingeniosísima alegoría, según afirma el intérprete feliz de los catorce volúmenes; y á su parecer nos adherimos, no sin declarar que si el perspicuo andaluz sudó tinta para dar con la clave del enigma, nosotros hemos sudado pez para acomodar nuestro criterio á las angosturas, nebulosidades y retortijones de sus ingeniosos

razonamientos. Pero á gimnasias más abstrusas y complicadas nos tiene avezados el intelecto la filosofía alemana; y al influjo de esa ciencia, madre de la actual sabiduría, debemos este descubrimiento portentoso. De modo que bien podemos decir, con otro ingeniosísimo comentarista, contemporáneo del de los catorce volúmenes (el cual comentarista se jactaba de poseer el autógrafo del famoso libro): «*Ni Cervantes es Cervantes, ni el Quijote es el Quijote.*»

Estos y otros tales dichos del sabio francés de los futuros siglos, llegarán á formar escuela; y esta escuela se acreditará en España; y habrá españoles que se pasarán la vida cotejando el fárrago cervantista del siglo xix con los asertos de la *escuela*; y al fin perderán el juicio, y quizás den origen á una nueva orden de *cervantistas andantes*, que saldrán por el mundo á buscar las aventuras, deshaciendo escolios y enderezando notas al *Quijote* y á la dudosa vida de su autor, que es cuanto queda ya que ver.

Entre tanto, cosa es que abrumba el espíritu la contemplación del cervantismo de nuestros días, malgastando lo mejor de la vida en resonar, sin pizca de respeto, al más ilustre de los nombres y á la más hermosa de las creaciones del humano ingenio; apesta y empalaga ese

fervor monomaniaco con que todo el mundo se da hoy á buscar *misterios* en el fondo del libro, y *habilidades* en el autor. Debémosle admiración, y es justo que se la tributemos; pero no con cascabeles ni vestidos de payasos. Popularícese el *Quijote*, y, si es necesario, declárese de texto en las escuelas; pero no el que nos ofrezca, arreglado á su caletre, el cervantismo al uso.

Si las investigaciones hechas por doctos y respetables literatos, desde Navarrete hasta Hartzenbusch, no bastan á poner en claro cuáles son, en las primeras ediciones de Juan de la Cuesta, errores del impresor, y cuáles descuidos de Cervantes, inténtese esa empresa; pero *una sola vez* y por gentes erigidas en autoridad literaria; y lo que resulte del expurgo, sin más notas que las precisas para aclarar la significación de palabras poco conocidas hoy del vulgo, ó para mostrar los pasajes en que Cervantes parodia escenas y trozos de los libros de caballerías, *algo*, en suma, de lo que hizo Clemencín (y no digo *todo*, porque este comentarista cayó también en la impertinente tentación de meterse en respuntos y reparos gramaticales, como si quisiera enmendar la plana á Cervantes), guárdese como oro en paño y sea el modelo á que se ajusten cuantas ediciones del *Quijote* se hagan en lo sucesivo;

pues el mal no está en que un literato de autoridad y de juicio meta su escalpelo en las páginas del áureo libro, sino el precedente que de ese modo se sienta para que todos nos demos á expurgadores de *faltas* y á zurcidores de conceptos. Y aun sin este riesgo, ¿qué se saca en limpio de las enmiendas de los doctos, si cada uno de estos señores está tan discorde con las de los demás, como lo están todos ellos con el asendereado Juan de la Cuesta? Y si ya entran *por miles* las confesadas alteraciones hechas en el texto de las primeras ediciones por esos respetables literatos, ¿qué lector, al poner el dedo sobre una palabra del *Quijote*, se atreve hoy á asegurar que esta palabra sea de Cervantes y no de alguno de sus *correctores*? Y ¿quién se atreverá mañana si á la *afición* reinante no se le ponen trabas?

Volviendo al cervantismo inconsciente é in-temperante, digo que no mezcle berzas con capachos, ni confunda tan lastimosamente lo serio con lo *bufo*. Elévese una estatua en cada plaza pública española al príncipe de nuestros novelistas, y sea cada edición de sus obras un monumento tipográfico; pero, por el amor de Dios, no pidamos *fiestas nacionales* para cada uno de sus aniversarios, ni nos demos todos á *académicos cervantinos*, ni estampemos el egregio nombre en desvencijadas *diligencias*, ni en

sociedades de bailes públicos, ni salgamos á la calle con cara de parientes del ilustre difunto, ni asociemos su memoria á todas nuestras debilidades y sandeces. Léase y estúdiense la inmortal obra, que deleite y enseñanzas contiene para doctos é indoctos en todas las edades de la vida; pero no pretenda cada lector imponerse á los demás con el fruto de la tarea; pues cada hombre es un carácter, y, como dijo un insigne escritor, disputando sobre reparos hechos, y no del todo mal, á unas enmiendas suyas al *Quijote*,

«Cada uno tiene, don Zacarías,
Sus aprensiones y sus manías.»

¡Y adónde iríamos á parar si se diera, como se va dando, en la gracia de remendar é interpretar el libro, al tenor de esa suma de *aprensiones*, y conforme al parecer de cada aprensivo?

Dudo mucho que el Gobierno de la nación permitiera á los *aficionados* á la arquitectura poner sus manos en determinados detalles artísticos de un monumento público, so pretexto de que *así lo quiso* el arquitecto, á quien no deben achacarse los errores de los canteros. ¿Ha habido pincel que se atreva á borrar el *tercer* brazo con que aparece en el Museo uno de los mejores caballos de Velázquez? Antes al con-

trario, ¿no se lleva el respeto al gran pintor al extremo de hacerse las copias de tal cuadro hasta con ese glorioso *arrepentimiento*?

¿Por qué no ha de merecernos iguales deferencias y consideraciones el blasón de nuestra nobleza literaria?

Por lo que á mí toca, desde luégo aseguro que, si tuviera poder para ello, declaraba el *Quijote monumento nacional*, y no consentiría, bajo las penas más severas, que se alterara en una sola tilde el texto de la edición que, por los medios indicados, ó por otros análogos que se juzgasen mejores, se hubiera declarado *oficial*, con todas las solemnidades y garantías apetecibles.

¿Que tiene erratas?... Que las tenga. ¿Que lo del Rucio?... Mejor que mejor. ¿Habría trastrueque de párrafos, ni razonamientos que valgan lo que dice del caso el mismo Cervantes en la segunda parte de la novela? ¿No son estos descuidos y aquellos arrepentimientos y los otros deslices gramaticales, el mejor testimonio de la frescura y espontaneidad de la obra? ¿O creen los *químicos* del cervantismo que un libro como el *Quijote* puede hacerse con regla, compás y tiralíneas?

Si Cervantes hubiera tenido que estar atento á cuantos tiquis-miquis le quieren sujetar sus *admiradores*; si lo que dijo de *herir de sosla-*

yo los rayos del sol á su personaje al lanzarse al mundo de las aventuras, lo dijo para que la posteridad no dudara que salía de Argamasilla de Alba y no de otro lugar manchego; si no fueron donaires de su pluma y primores de lengua otros mil pasajes de su libro, sino estudiados disfraces de otros tantos propósitos *transcendentales*; si cada frase es un jeroglífico y cada nombre un anagrama; si, amén de esto y mucho más, necesitó trabajar con el *calendario* á la vista, y encarrilar á su caballero por cualquiera de los *itinerarios* que le han trazado sus comentaristas de hogaño, y conocer á palmos los senderos para no dar con una aventura en martes, cuando, por el cómputo del mapa y del almanaque, podía demostrársele que la fazaña debió tener lugar en miércoles, día de vigilia además, con otros muy curiosos pormenores que el lector habrá visto, tan bien como yo, en escolios, notas y folletos; si á todo esto, y á lo de la cocina, la teología, la jurisprudencia, el protestantismo (!!!), la economía política, etc., etc., etc... y otro tanto más, tuvo que estar atento, repito, el glorioso novelista, más le valiera no haber salido nunca del cautiverio de Argel; que entre escribir un libro con tales trabas, ó arrastrar las de hierro bajo la penca de un moro argelino, aun con el ingenio de Cervantes optara yo por el cauti-

verio, y saldría mejorado en tercio y quinto.

¡Dichoso día aquél en que el cervantismo pase y vuelva á reinar el *Quijote* en la patria literatura sin enmiendas, reparos ni aditamentos, y su autor perinculto sin *habilidades* ni misterios! Venga, pues, la inmortal obra sin teologías, náutica ni jurisprudencia, y, sobre todo, sin *claves* ni itinerarios ni almanaques; venga, en fin, como la hemos conocido los que peinamos ya canas, cuando en ella aprendimos á leer, á pensar y á sentir; que así, al pie de la letra y hasta con las erratas y garrafales descuidos de los primeros impresores, ha sido admirada de todos los hombres y traducida á todas las lenguas, y servido de pedestal á la fama de Cervantes, que ya no cabe en el mundo.

1880.

